

Don Martín Merino, el regicida, loco y sociólogo futurista

Hay, como sabemos, dos curas Merinos de relativa celebridad en la historia; ambos contemporáneos, ambos castellano-celtibéricos. El más viejo, cuyo año de nacimiento coincide con el de Napoleón, fue el lermeyano-burgalés Jerónimo, guerrillero durante la lucha de la Independencia; general durante la guerra carlista, aliado del Duque de Angulema, después exiliado en Francia, y muerto en Alençon, en 1842, permaneciendo sus restos en aquel cementerio normando hasta el 22 de junio de 1962, fecha de su repatriación a la villa del Arlanza.

Martín Merino, al que en este artículo nos referimos —bastante más joven que el primero—, había nacido en Arnedo (Logroño), tierra no menos celtibérica que Lerma, pero por su proximidad a Calahorra —patria chica de Quintiliano— con raíces culturales hondamente romanizadas o clasicistas.

Tuve ocasión, hace unos meses, de encontrar (fuera de hemeroteca), por cierto bastante deteriorados, una colección de los años 1852 de los diarios editados en Madrid, «La Nación» y «El Clamor público». La simple curiosidad me movió al ojeo, pero no la intención previa de investigar nada concreto.

Abriendo al azar el voluminoso y pesado legajo o atado de aquellos periódicos, cuyo coleccionista hace muchos años debió ya de desaparecer, caí en los días de febrero de 1852, en que tuvo lugar en la Corte, por el cura Martín Merino, el intento frustrado de regicidio; la detención inmediata (el indicado cura no trató nunca de huir); el sumarísimo juicio; condena a muerte; capilla, patíbulo y ejecución, con toda suerte de pelos y señales, como ha sido siempre del gusto particular de la masa del público.

De origen franciscano, antes de pasar al clero secular, Martín Merino era un hombre muy culto con conocimientos clásicos y filosóficos de nada vulgar categoría. Había viajado y residido, también, algunos años de exilio

en Francia en momentos efervescentes de cambios y reacciones de ideologías que algo debieron influir en el recorte de su mente hacia una hechura mitad estoica, mitad anarco-clasicista. El tribunal, al juzgarle, no consideró que su mente estuviese enajenada. Me da la sensación —al reconsiderar los diálogos que sostuvo en la cárcel, reproducidos por el citado periódico— que en las cuarenta y ocho horas que precedieron a su muerte intentase imitar a Sócrates.

El valor y sangre fría de Martín Merino (bajo otro aspecto muy distinto, claro es) no le fueron en zaga a su tocayo y colega sacerdote y guerrillero de Villoviado. Ambos tuvieron algo de desbordante íntimo orgullo y hasta de sentido anárquico en ángulos de vista diferentes. Para el primer Merino pudo suponer gloria, mientras que para el segundo era lógico que acabase en un social desprecio o vilipendio.

No cabe mayor estoicismo —casi de un regodeo o fruición ante su propia muerte— que la de este regicida riojano. Leyendo ahora esos viejos testimonios de unos periodistas sinceros que, más bien llevaban la intención, públicamente halagadora hacia el Estado, de denigrar al reo, terminamos por sospechar que Martín Merino tuvo deliberadamente un ansia filosófico suicida, un poco —hemos dicho— a estilo socrático. Es más, los hechos nos hacen dudar, muy fundadamente, si el presunto regicida solamente llevó el deseo de herir sin gravedad a la joven soberana, lo justo para el fin de esa especie de redención suicida que su raro pensamiento acariciaba. Aquella frase que pronunció, tras de resbalar entre las ballenas del corsé de Isabel el estilete, con lesión tan poco profunda; textualmente dijo: «Con esto ya tienes bastante» lo mismo puede interpretarse que no era la víctima, si no el propio criminal el que tenía bastante para sus inconfesados proyectos.

El reo —se diría— por los diálogos en capilla con ilustres sacerdotes que acudieron a ayudarle a su conversión y a bien morir, que intentase dar algunas lecciones filosóficas, teológicas o simplemente de un clasicismo literario. Así, por ejemplo les hizo ver que el Evangelista San Mateo —para él preferido— era más científico y que San Juan tenía mucho de poeta. Hizo observaciones, muy atinadas, sobre Horacio, su poeta preferido, manifestando, además, que el libro que él más amaba del Antiguo Testamento era el de Job.

Calmadas las ansias salvíficas con el mejor deseo hacia los sacerdotes, especialmente hacia el capellán Puig y hacia el Prelado que tanto se estaban interesando por su alma, vino a decirles con la mayor calma y desprecio de su propia muerte: «Estén sus paternidades tranquilos. Yo ya estoy muy contrito y arrepentido», dedicándose este singular reo el resto de las pocas horas que le quedaban a relatar chascarrillos (no los cuenta el periodista)

que a carcajadas hicieron reír, sin querer, a los presentes y a bromear con el verdugo. Los terribles rituales canónicos de su borradura sacerdotal, raspándole, incluso, simbólicamente, las manos las recibió sin muestras de la menor emoción con una pasibilidad e indiferencia increíble.

Es un hecho que la propia reina mostró repetidas veces su deseo de indultarle. Ante este temor que llegó a oídos del condenado, insistió éste que era tan acusadamente criminal y culpable que rogaba, por Dios, no se le hiciese gracia alguna. Cuando le montaron en el borriquillo que le conduciría al cadalso a través de varias calles madrileñas, manifestó humorístico que no cambiaría en esos momentos su ropa o vestido ridículo de ajusticiado por el mejor manto de los Césares.

«Hoy muchos hablarán de mí —decía el reo— para odiarme o para compadecerme. No temo la muerte. A mis sesenta y tres años soy una hoja seca que simplemente cae del árbol. Os compadezco a los que quedáis en este mundo de corrupción y miseria».

El itinerario hasta el patíbulo debía atravesar frente a la iglesia de Chamberí. Al pasar el condenado junto a ella pronunció una frase —probablemente de intención simbólica—: «Esta Iglesia está muy desnivelada y se derrumbará si no lo remedian».

Merino va saboreando con macabra pero deliciosa fruición el caminar a los últimos instantes de su vida. Desde ese su calvario se aperciben los horizontes nevados de la sierra del Guadarrama. Frena el verdugo la marcha del borriquillo que conduce al que van a ajusticiar porque ese ex franciscano expresa sus deseos de amor a la naturaleza. La visión en aquel día despejado del febrero madrileño, de aire transparente, sin la más mínima polución que ahora decimos, de las nieves del «puerto» (que el reo llama a la sierra) le subyugan y quiere conservar en su retina para que se esculpa en su alma aquel bello recuerdo de sus resplandores. Dejádme —añadía— mirar al pueblo, ese pueblo curioso al que tan gratuitamente le servían el espectáculo de una ejecución, y que el pueblo me contemple a mí. Nadie debe espantarse ante la liberación de muerte. No está conforme con la idea expuesta en una de las máximas de La Rochefaucauld (Martín Merino era un hombre extraordinariamente instruido). Aquel pensador francés había escrito que la muerte es la penalidad más amarga de la vida, pero el reo le rectificó, ante el sublime momento, afirmando que la muerte era el consuelo más dulce de la existencia.

El espíritu, indudablemente perturbado, de aquel franciscano anarquista le hace tambalear, en el caleidoscopio de sus vagos pensamientos o intuiciones, entre el paganismo estoico y el amor de la cruz cristiana; entre la poesía y la ciencia. Así dice que entre Tito Livio y Tácito prefiere a Tácito. Prefiere la violencia del amar matando a la corrupción de Estado,

y, aún cuando había aborrecido a Narvéez por estimarle un sostén corruptor de determinados elementos sociales, en esos sus críticos momentos todo lo perdona ya que, aparte sus filosofías, como un nuevo Sócrates, se siente culpable y justamente castigado por la ley.

Le espera el paso de la laguna de Estigia, fielmente guardada por los dioses del paganismo o acaso el de la isla de Citere, isla de amor, pero el amor como todo motor de vida es a la vez espejo seguro de la muerte.

Cuando la comitiva llega al pie del cadalso, faltan algunos minutos para la hora prevista de la ejecución que debía coincidir exactamente con el de su intento de homicidio anárquico. Le permiten decir al pueblo o público espectador, que su hecho es aislado, que no tiene cómplices ni conjurados. Es, en efecto, una acción criminal romántica, individualista, pero ahora diríamos que dejaba flotar en el aire otra vez la simiente de una semilla trágica, imputrescible al tiempo, y de las más fuertes virulencias.

Sí, algo se repite en la historia de los pueblos. Las pasiones de terrorismo o anarquía son contagiosas, e indudablemente se entremezclan ante ese sentido inescrutable de la muerte y el amor.

No deja de ser significativo que después de 125 años del acontecimiento español que hemos relatado, en noviembre de 1971, pronto hará cuatro años cuando estas líneas redacto, seiscientos cristianos se reúnen en Francia en la catedral de Rouen. Un salesiano, llamado Padre Girardi expone ideas altamente coincidentes con las confidencias hechas en capilla por el ex franciscano, cura Martín Merino. Así llegó a expresar ese pseudoanarquista, católico de la violencia contemporánea, que, efectivamente, la violencia —entendiéndola también por violencia la clandestina— no es incompatible con el amor, hasta el punto que liberarse de una tiranía, viene ese tan singular salesiano a afirmarnos, es como una situación de alineación, diríamos una especie de locura de amor hacia el propio o los propios elementos de la tiranía. Su confusionismo, altamente peligroso, llega a tal grado en esa especie de contubernio místico de Rouen que de esa reunión se diría que parte una extraña justificación, un nuevo punto de vista socio-político que, desgraciadamente, no tardará en dar sus frutos de cuyo encadenamiento acaso ahora nos sea más fácil enjuiciar o explicar.

Encuentra el Padre Girardi el peligro de circunscribir a Dios en el patrono, en el obispo o en el gobernante. No queda claro el determinar, buscando una fórmula tomística —aquí contradictoria—, si el movimiento del mundo es movimiento de Dios, y que la sociedad se transforma por fermentos. Alega que existe una revista franciscana que se titula «Hermanos del Mundo» y que la idea que gravita en torno al pensamiento de aquella revista es que la Fe que hace referencia a Cristo no tiene necesidad de Teología alguna. Se llegó a extremos tan dubitativos e inquietantes en

Rouen que el escritor Robert Solé (escritor del periódico «Le Monde») (1), narraba que las caras progresistas con que se nos va dando Cristo no deben tener aquella inmovilidad ideológica definitiva, casi de dogma, si no, más bien de algo de tipo evolutivo siempre apartado de lo reaccionario.

De esa tan singular manera (lo heterodoxo aparece desde el comienzo mismo del cristianismo) han pretendido en la catedral de Rouen la fundación de la Acción Católica Universal peligrosamente inserta ante eso que llaman «valores de corrupción social» de ese doble filo de lo que se entiende por arma del amor.

Próspero GARCIA GALLARDO

(1) Noviembre 1970, artículo titulado «Six cents chrétiens partagés entre une théologie de la révolution et une mise à mort de la théologie».